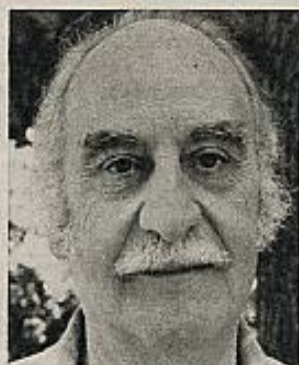


El "caso Harnecker"

El conflicto ocasionado por la aparición en España de los "Cuadernos de Educación Popular" de la pensadora chilena Marta Harnecker está en vías de solucionarse. Estos cuadernos fueron editados por primera vez en el Chile de la Unidad Popular de Allende y son, en opinión de su autora, "un intento de entregar en forma pedagógica y al mismo tiempo rigurosa, los instrumentos teóricos más importantes para comprender el proceso de cambio social y poder plantear cuáles deben ser las características de la nueva sociedad que queremos construir".

De la Torre, editora junto con Documentación y Publicaciones Generales de estos cuadernos en nuestro país, nos ha manifestado que antes de emprender la publicación intentó ponerse en contacto con la escritora chilena, objetivo que no consigue. Por otra parte, como existen ya en el mercado español varias ediciones de la obra sin problema alguno con los derechos de autor, empieza a publicar los cuadernos.

Parece ser que los primeros números de la colección llegan a Marta Harnecker, y en mayo del año pasado, ésta manda una carta a la editorial reclamando sus derechos sobre la



Francisco Ayala.

La muerte de la novela

"No se puede pronosticar de una manera rotunda la muerte de la novela", nos tranquilizó el novelista Francisco Ayala en la Fundación March, dentro del ciclo "El escritor y la sociedad".

A pesar de todo eso, el autor de ese extraordinario relato llamado "La cabeza del cordero",

estima que la era del libro está terminando. Los medios audiovisuales avanzan arrolladoramente y el escritor sólo tiene dos caminos: o reducirse o integrarse. Escribir para una minoría o ser un hombre de los medios que tienen en Mac Luhan su Mahoma.

Ayala relacionó novela y burguesía. Por eso, ambas llegan a su cenit en el siglo XIX. La burguesía tiene una visión del mundo racional y práctica, positivista y materialista. "No por casualidad —dice Ayala— el Curso de Filosofía Positiva de Comte constituyó el breviario de los burgueses y el principio básico de la novela realista y naturalista del siglo XIX".

Novela, sociología... En ambas materias brilla Ayala. Autor de "Historia de macacos", "Muertes de perro", "El fondo del vaso", es también el autor de un "Tratado de Sociología" o de "El escritor en la sociedad de masas". ■

obra, que deberían ir a parar al Comité de la Resistencia Chilena. En la carta hacía también unas observaciones sobre las notas que adaptan el texto a la realidad española, apartadas en ocasiones de su línea de pensamiento. A pesar de esto, la escritora animaba a Ediciones De la

Torre a continuar la publicación. El silencio de la editorial, que asegura no haber recibido la nota, endurece la postura de Marta Harnecker y empiezan entonces los problemas. La existencia de esta carta nos ha sido confirmada por el abogado José María Mohedano, en cuyas manos se encuentra el caso. Mohedano opina que si se cumplen los requisitos exigidos por la autora: editar en España un boletín de la Resistencia Chilena con el importe de los derechos de autor y parar la edición de los cuadernos restantes, no será difícil llegar a un acuerdo satisfactorio para todos. ■ CRISTINA RUBIO.

"Mar adentro"

Conocí a Lili Álvarez cuando estaba en plena inquietud católica. Su fuerte vitalidad había irrumpido desde hace años en el campo de lo religioso con la misma energía —femenina energía— con que había emprendido años antes sus deportivas correrías humanas. Y —por supuesto— con la misma responsabilidad tenaz.

Ahora, con "Mar adentro" (1), probablemente no dice a mu-

(1) Lili Álvarez. Mar adentro. Ediciones Paulinas, Madrid 1977.

chos jóvenes lo que entonces nos decía a los que formábamos esa gran masa inmensa que vivía bajo el nacional-catolicismo (muchos a favor de esa coactiva corriente hispana, y otros —pocos— en contra de ella). Pero la lectura de su libro debía aportar hoy una advertencia para todos, porque fue una de las pioneras de la inteligente modernización del catolicismo. Y digo esto consciente de que la palabra "modernización" no es la más adecuada para expresar lo que ella hizo entonces y lo que ahora pretende transmitir como un mensaje adecuado para las nuevas generaciones.

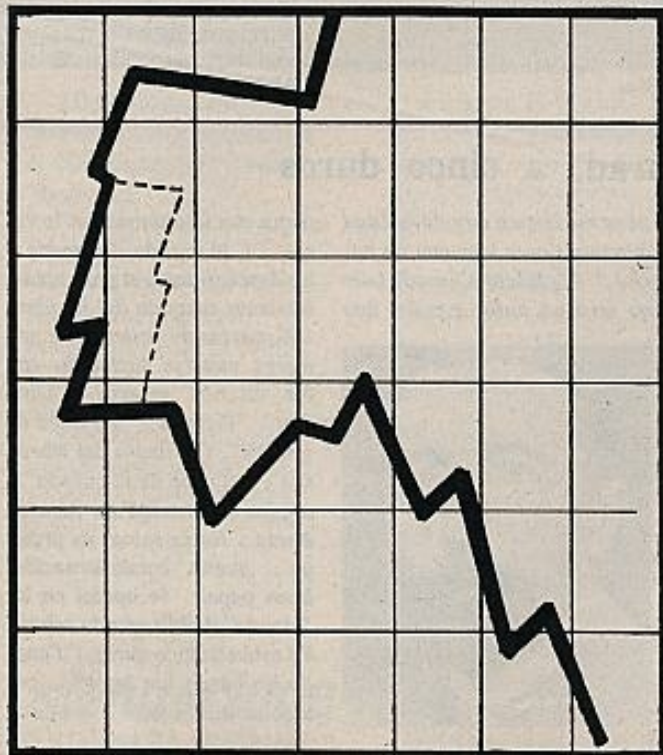
Se lanza Lili religiosamente "mar adentro", y de su irrupción saca unas reflexiones de gran interés testimonial, dado lo que ha representado ella en la renovación católica del seglar, expresándolo en sus páginas escritas en lenguaje sencillo —¿quizá un poco pasado para el gusto actual de nuestra juventud?—, pero que siempre resulta de gran plasticidad.

Aranguren prologa el libro, porque él también fue por los años 50 otro pionero de esta labor en otro de un catolicismo que fuese distinto de aquel agobiante y ficticio de entonces, procurando hacerlo más convincente que aquel nacional-catolicismo que se nos suministraba a grandes dosis oficiales y de un modo casi imposible de contradecir, al menos públicamente.

La voz de Lili se levantó en aquella alejada época —después de la dificultosa labor hecha por la revista Espiritualidad Seglar, cuyo primer director fui yo y en la cual ella fue una gran e imprescindible colaboradora— y la de algunos pocos más también, concitando las iras de los teólogos oficiales de aquel entonces. Luchó, en la medida de lo que entonces era posible, contra una manera inaceptable de ser religioso un creyente auténtico. Y más que luchar contra ello, batalló para marcar una nueva imagen de seglar católico.

En este nuevo libro, decantación y desarrollo de cosas vislumbradas en otros suyos, se fija en varios importantes aspectos de la religiosidad positiva que procura descubrir a sus lectores de hoy, contraponiéndola a la que —bajo aspectos aparentemente atractivos— no debía ser aceptable.

Habla más que de "modernización", de "invención" religiosa. Si el hombre religioso vive su



religiosidad, ésta debe ser —según Lili— una fuerza creadora constante que "inventa" más que "moderniza". Modernizar es poco, y puede dar lugar a esos falsos progresismos católicos que ella, con palabra sin acidez, descubre y critica en muchos creyentes de hoy. Por eso con valentía —y conste que no es nada anticuada— confiesa que

prefiere el "retrogrado a la antigua" que el "retrogrado a la nueva usanza". Yo pienso también que el progresista de antes fue a veces más interesante y profundo que bastantes progresistas de hoy: ahí está el caso de don Gumersindo de Azcárate en el pasado siglo, y hoy por el contrario abundan ciertos católicos progresistas superficiales que no

llegan a la profundidad religiosa de estos inconformistas de ayer, a pesar de sentirse, muchos de éstos, como Azcárate, fuera de la Iglesia española de entonces, y en cambio, estos otros de hoy se sienten dentro de nuestra Iglesia.

Hace Lili unos análisis tipológicos muy sugerentes en los que quedan clasificados —como en el

clásico libro de Teofrasto "Los caracteres"—, haciendo un buen relato de ellos, los modelos psicológicos de católico que actualmente existen. Y opone entre otros el "plenario" al "unilateral parcialista". Sin embargo, creo que debía quedar un poco en cuestión el uso del término "plenario", pues no parece que sea un término real, sino más bien un término utópico. En cuanto utópico es acertado su uso, pero no en cuanto descriptivo de una realidad actual. Es verdad que el hombre tiende a ser "plenario", pero nunca llega ni llegará. La pretensión "plenaria" de Aristóteles desde su profanidad es

ADIOS A LAS LETRAS

Ecos mundanos

Umberto Eco canta en francés canciones apocalípticas. Si los que andan organizando el Pen Club en España tuvieran imaginación, ya les hubieran contratado para alegrar esas imposibles reuniones de escritores que ellos proyectan.

Integrado en la sociedad de masas madrileña, el profesor italiano escuchó los cuplés de Olga Ramos con la misma cara de chiste con que oyó las preguntas periodísticas sobre el terrorismo de Estado. Desde que la democracia moderna inventó a Bernard Henri Levy, todo el mundo habla de terrorismo estatal.

Nadie ha divulgado todavía la buena nueva: que Bernard Henri Levy es el único pseudónimo que halló Manuel Fraga Iribarne para poder colar sus artículos en "ABC" y en otros diarios nacionales donde el profesor del punto y aparte sigue arremangándose la camisa porque para hacer patria lo mejor es desnudarse los codos.

Umberto Eco no pudo cantar cuplés en la Universidad. La Universidad no está para eso, o al menos Pedro Lain Entralgo no ha descargado su conciencia sobre ese lado todavía. Tiene tiempo, porque ahora lo acaban de jubilar y a lo mejor se pone a hablarnos de Constitución aprovechando que Julián Marías está de descanso y que Enrique Tierno Galván —el constituyente ausente— anda mirándole las tetas a Susana Estrada.

Eco aprovechó para quedar con los jóvenes en Bolonia. Tierno lo tiene más fácil, porque hace las citas en la trasera del Banco de España, en el mismo sitio en que habita Francisco Ayala, cuyo descubrimiento de la novela burguesa como elemento que sigue vivo ha asustado al mismo personal que escuchó a Eco

mascando chicle mientras hablaba Juan Cueto —hay que huir de la tentación de llamarle Juan Cueto— en el Instituto Italiano de Cultura.

Ahora bien: Ramón Tamames es insaciable, como Umbral. Más insaciable era Fernando Lázaro Carreter, pero ahora es catedrático y académico y con estos personajes pasa que se les acaba la insaciabilidad en cuanto son inmortales.

Ramón Tamames no dejó de beber agua mientras el financiero José Luis Olaisola presentaba a Manuel Vázquez Montalbán ante los periodistas del Club Internacional de Prensa. Olaisola, que debe desayunar con angulas y ostras surafricanas, cuando está lejos de la cocina vasca, se quedó maravillado ante el conocimiento gastronómico del noble varón catalán, cuya novela —"La soledad del manager"— no era además un libro de cocina, sino una nueva novela policíaca de esa serie en la que él se ha inventado a un policía español que se codea con los detectives holandeses.

Lo que le pasa a los financieros españoles es que ignoran que Vázquez Montalbán es, en efecto, el autor de la historia sentimental de la cocina española, y que mientras ellos se preparaban para presentar libros de cocina, limpiaba perolas en Lérida para poder decir ahora que la butifarra es un plato exquisito.

El agua, al menos, era de buena calidad. No pudo beberla Francisco Umbral, cuyo "El día en que llegué al Café Gijón" se presentó con naranjada en medio de una galería de pintura por la que deambulaban todos los personajes que el snob castellano se halló a diario cuando llegó a aquel cafetín de artistas. Ramón de Garcilaso, aposentado cerca de Umbral y asado por el calor insostenible que tienen los sótanos madrileños en invierno, no cabía en sí de gozo. Fernando Lázaro había visto en el inmortal libro de Umbral algo más que lo que Tierno vio en los ojos lácteos de Susana Estrada: ahí hay una gloria de la literatura española. Umbral, cuyo cinismo bondadoso cuelga ya de la bufanda que le ha bordado Pitta Ridruejo mientras interrumpe la circulación de Picadilly, en Londres, escuchó impertérrito, y luego abrazó al académico mientras Antonio Buero Vallejo se asombraba de no usar boina, que en los primeros tiempos del Gijón de Umbral hubiera sido su aditamento natural para huir de los resfriados policíacos. Pero, no, no la usó nunca: se la dejó a Miguel Delibes, para que pescara truchas lejos del mundanal ruido.

Le aumentó una dioptría a Francisco Umbral buscando a Isabel Tenaille entre el auditorio de presentación. UCD sólo pudo enviar a Carmela García Moreno, que en una de estas me rozó con su piel y ahora no recuerdo de qué animal era. ■ SILVESTRE CODAC.



Lili Alvarez.

análoga a la de Santo Tomás desde su creencia, y ambas se acercan al "plenario" utópico de Lili.

Por último, contraponen el proclamador del primer mandamiento al proclamador del segundo: el que centra todo en el amor a Dios y el que lo centra en el amor al prójimo. Y concluye en la necesidad de la unión complementaria de ambos como meta del católico, y no en una ficticia oposición como hacen muchos, y que ayer fue en favor de la primera actitud y hoy de la segunda.

En su clara sensibilidad religiosa se podría decir que Lili practica una teología del tacto y de la intuición, más que una teología de la especulación. Y recuerda detalles como la reacción de la famosa compañía teatral de Gaston Baty, que se escandalizó profundamente al asistir a los oficios religiosos celebrados por los dominicos un Jueves



Manuel Vázquez Montalbán.

Santo en París, porque no podían comprender estos actores cómo se trataban tan superficialmente y sin preparación unas ceremonias religiosamente tan importantes, confesando que ellos se tomaban "más trabajo para poner a punto obras de teatro insignificantes" que los frailes ante algo tan importante.

Es un libro de religiosidad madura que pone en primera línea al San Juan de la Cruz desmitologizador, y que al mismo tiempo es profundamente creyente; y pretende que los católicos de hoy aprendan de él a aunar más coherentemente y de modo más profundo ambas cosas: la desmitologización y la fe vital. ■ E. MIRET MAGDALENA.

"El fin de la eternidad"

Mucho se ha discutido sobre si el género debía llamarse "ciencia-ficción", "ficción científica", "fantaciencia" o varios términos más: el caso es que nos entendemos, virguerías aparte. Cuando se habla de autores como Ray Bradbury o Isaac Asimov, hasta los menos informados los incluyen en el género.

Isaac Asimov es, desde luego, un clásico de la ciencia-ficción y, por seguir en la tradición del gran anticipador, Verne, no sólo confía en la imaginación, sino que sabe científicamente de qué se trata cuando se pone a escribir. Es bioquímico, y probablemente no haya un campo de la ciencia donde sean más fascinantes las mutaciones, conquistas y esperanzas. Ello forzosamente ha de influir en un hombre que, además, quiere siempre transmitir literariamente su pasión por la aventura del hombre de hoy.

Otro pilar sustenta además la novelística de Asimov: su interés en divulgar popularmente el estado actual de la ciencia y las dudas sobre las que va asentando su avance. En sus ensayos, Asimov apuesta evidentemente por la claridad, y el estilo de sus novelas no puede tender más al gran público; en este sentido, Asimov rechaza toda superflua complicación formal, y busca el efecto directo, de la misma forma que un buen escritor policíaco.

Una obra absolutamente sintomática de sus intenciones y su modo de hacer es "El fin de la



Isaac Asimov.

eternidad" (1). No sólo es una novela clásica en relación con los esquemas habituales de un género en el que a veces tiende a confundirse esquema y tópico, sino que también lo es con respecto a la producción toda de Asimov. Está aquí algún tema tan inseparable de él como el viaje en el tiempo (con sus subdivisiones en hipotiempo, hipertiempo, etc.); está asimismo el héroe —tan americano— que quiere identificar eficacia y destino propio (es un ejecutor); está el necesario ambiente de dictadura tecnocrática, sin rostro ya, sin otra razón de ser, sin otro mensaje que el funcionamiento mismo: el control; está el ritmo ascendente, agobiante, tan claramente policíaco, a través del que el autor va poco a poco insinuando algo más terrible que lo leído hasta entonces, guardándose siempre cartas en la manga; está, cómo no, la historia de amor que se enfrenta contra toda programación totalitaria, contra barreras de tiempo y espacio; y está, además, la ironía más o menos implícita, tan asimoviana, el relativismo adecuado al universo que nos ofrece, por otro lado aún más alucinante puesto que ya resulta comprensible desde el que nos ha tocado vivir.

Inquietador, moralista, humorista, fabulador: todo ello se cita en el estilo de Asimov. Es un escritor que probablemente gustaría de no verse etiquetado

(1) Ediciones Martínez Roca. Barcelona 1977.

como "autor de ciencia-ficción", pero que en su propio aliento lleva las grandezas y miserias del género. Hay en él mucho más de Lovecraft que de Poe, mucho más de artificiosidad imaginativa que de demonio personal: sus páginas están repletas de mayúsculas simbólicas: Eternidad, Finge, Observaciones, Programador, Tiempos Primitivos, Siglos Ocultos. Pero Asimov no es oscurantista, sino todo lo contrario. No hay planteamientos brujeriles en su literatura; tampoco —y ahí reside lo ventajoso de su identidad— hay una moralina del progreso: es evidente que su visión de nuestro mundo (pues, ¿a qué otro mundo va a dirigirse cualquier género literario, por muy de futurista que se engalane?) excluye el optimismo ciego: el mundo del Cambio Programado, del Gran Consejo, del imperio de las Computaplex es éste de aquí. ■ MIGUEL BAYON

CINE

"El gato caliente"

La avalancha de títulos prohibidos que pretenden ahora ponernos al día en cuestión de segundos permite proyectar en estos momentos en los cines españoles el legendario "Fritz the cat", de Ralph Bakshi, inspirado en los no menos populares dibujos de Robert Crumb. Con el primitivo título de "El gato caliente" (que quiere seguramente aprovechar el éxito de aquel "Conejo caliente", traducción a su vez estúpida de "Le chaud la-

pin", que quiere decir más exactamente "El ligón"), "Fritz the cat" ha tenido un lanzamiento publicitario "standard" o en cualquier caso oportunista sin que se hayan destacado mínimamente los valores que en su día (1972) hicieron de esta película un éxito popular: romper definitivamente el amilbaramiento de los dibujos de Walt Disney (aludidos expresamente en un momento de la película en que el ratón Mickey, el pato Donald y otros celebran entusiasmados la llegada de las fuerzas del orden), para proponer en su lugar una visión más ácida e irónica no ya de la vida de los animales (que nunca fue ese el propósito de Disney), sino el de los personajes humanos que representan. En este sentido, "Fritz the cat" se ofrecía como una panorámica crítica de los años sesenta americanos vistos desde el lenguaje de la caricatura. Drogadictos, revolucionarios, movimientos reivindicadores negros y el mundo de la liberación sexual son contemplados en "Fritz the cat" con ese desparpajo impune con que muchos humoristas defienden su derecho a reírse de todo o de cualquier cosa.

Sin embargo, ese sano ejercicio del humor que desmonte tópicos y mitos, que acerque los totems a lenguaje común, entendiendo sus particularidades y facetas grotescas, necesita, a mi juicio, un cierto orden de valores. Puestos a hacer risas no parece normal establecer un denominador común a fuerzas contrapuestas si el ángulo desde el que se observa no es el del cinismo (tan cercano, por otra parte al de la reacción). Hay una inevitable toma de partido que no significa —ni tiene que significar en



El gato Fritz, dibujado por Robert Crumb.